

EL VOTO DE LOS JÓVENES

Juan Jesús González

Universidad Nacional de Educación a Distancia

Olga Salido

Universidad Complutense de Madrid

El artículo hace una descripción de las pautas de voto de los jóvenes en elecciones generales desde mediados de los años ochenta, en lo relativo tanto a su grado de participación como a sus orientaciones ideológicas básicas (izquierdismo, radicalismo, etc.), dentro del marco general de un comportamiento electoral caracterizado por la estabilidad y la aversión al riesgo. En la última parte, el artículo trata de desentrañar las razones del voto juvenil, con especial atención a los componentes ideológicos y/o racionales del mismo.

Palabras clave: voto, comportamiento electoral, partidos políticos.

1. Factores históricos y políticos: el ciclo de los partidos

Tras veinticinco años de Constitución, la sociedad española celebra no sólo un venturoso periodo de libertades, sino también el periodo más largo de estabilidad democrática de la historia de España. Desde una perspectiva electoral, que es la que aquí nos corresponde desarrollar, la estabilidad constituye, sin duda, el rasgo más característico del periodo en cuestión. Puede que haya discusiones y controversias desde otros puntos de vista, como puede ser el de la calidad de la democracia, pero, en lo que hace a la evolución electoral de estos veinticinco años, la estabilidad está fuera de discusión. No ya por comparación con otros periodos democráticos de la historia de España (que apenas los hubo), sino incluso por comparación con otros países de larga tradición democrática, es difícil encontrar casos donde los periodos de permanencia de un mismo partido en el gobierno sean tan duraderos, tanto a nivel nacional como en el ámbito autonómico. De los veinticinco años de vigencia de la Constitución, más de la mitad han estado marcados por la estancia continuada de un mismo partido en el gobierno nacional y, de confirmarse esta tendencia, es probable que, de llegar a los cincuenta años de Constitución (si tal eventualidad se produjese), el periodo

resultante estuviese marcado por tres o cuatro largas estancias de los principales partidos en el gobierno.

Desde esta perspectiva, lo primero que llama la atención es, por tanto, el contraste entre la estabilidad de nuestra reciente evolución político-electoral y la convulsión crónica de los siglos anteriores, como si la historia democrática de España se escribiese contra la memoria del pasado. De ahí, probablemente, la regularidad pasmosa de los últimos veinte años, una vez culminada la transición. Es como si la inestabilidad y la convulsión del pasado hubiesen extremado la prudencia de los españoles, que se muestran desconfiados y cautelosos ante los cambios políticos y que, por ello, tienden a cerrar filas con el gobierno de turno en momentos de incertidumbre. Si hubiera que subrayar una característica del comportamiento electoral de los españoles durante este tiempo, sería, sin duda, la aversión al riesgo, consecuencia lógica de una larga memoria de inestabilidad y fracaso.

Nuestro artículo parte de este argumento, con una matización derivada de su desigual impacto sobre las sucesivas generaciones de españoles. Puesto que la memoria histórica no influye por igual sobre los viejos y los jóvenes, cabe esperar de estos últimos

una cierta capacidad de innovación y de riesgo frente a la prudencia y el conservadurismo de los mayores. Y puesto que la evolución política está marcada, como decimos, por ciclos largos y duraderos, cabe esperar también que el ciclo de los partidos a su paso por el gobierno tenga consecuencias sobre el perfil generacional de su electorado.

Esta evolución sigue una dinámica que puede sorprender, pero que se repite: a su paso por el gobierno, los grandes partidos se comportan como autobuses cargados de votantes, pero estos votantes no son siempre los mismos. Puede que el nivel de ocupación del autobús se mantenga más o menos estable a lo largo del recorrido (hay que tener en cuenta que se trata de recorridos largos y que, por tanto, pueden resultar fatigosos para algunos viajeros), pero, si el nivel de ocupación se mantiene, es por la simple razón de que los votantes que se apean en las sucesivas estaciones (convocatorias electorales) son reemplazados por otros. Típicamente, lo que ocurre es que el perfil generacional se va modificando como consecuencia de que, al principio, el autobús suele ir abarrotado de jóvenes, movidos por la curiosidad y el afán de novedad, pero estos jóvenes suelen dar pronto muestras de desencanto y fatiga, dejando el asiento a viajeros más prudentes que solo se suben al autobús una vez que han comprobado la pericia del conductor y que el trayecto está exento de peligros.

Dentro de esta pauta general, conviene prestar atención a las peculiaridades de cada trayecto. De los dos grandes trayectos a que aquí vamos a hacer referencia (pues entre ambos ocupan la mayor parte de los veinticinco años de Constitución: la etapa socialista y la etapa *popular*), ambos presentan dinámicas generacionales muy parecidas, como luego veremos, si bien la etapa *popular* sigue, por el momento, su curso, por lo que es pronto para hacer el diagnóstico completo de la misma, así que vamos a detenernos, sobre todo, en la primera.

¿Por qué los jóvenes se bajaron del autobús socialista a lo largo del recorrido (obviamente, no se bajaron todos ni al

mismo tiempo, como más adelante veremos)? ¿Se trata de una pauta inexorable o existieron razones concretas que estimularon su progresiva retirada y, con ello, el cambio de perfil generacional del electorado socialista? Si fuera lo primero, el comportamiento electoral de los jóvenes se ajustaría bien a la pauta de consumo estudiada por Albert Hirshman, en virtud de la cual el comportamiento de los consumidores está sujeto a una lógica implacable de aumento de expectativas y de consiguiente decepción, a la que parece condenado, tarde o temprano, todo afán de consumo. Desde esta perspectiva, la vinculación de los jóvenes con la política tendría, por lo general, un carácter condicionado y coyuntural, sujeto a revisión tan pronto como deviene la decepción. Pues, al estar los jóvenes todavía relativamente ajenos al mundo de los intereses materiales en que se desenvuelve la vida de los adultos, su comportamiento estaría orientado por preferencias de carácter más bien ideológico y, por ende, más vulnerables a la decepción y/o a la volatilidad.

Pero no todo se puede explicar en esos términos. En el caso de la etapa socialista, hubo razones concretas que explican el progresivo divorcio de los jóvenes con el gobierno socialista. Otra cosa es que nos pongamos de acuerdo en la identificación de las mismas. De acuerdo con una interpretación ya conocida (González, 2001), el proceso de envejecimiento del electorado socialista que se observa desde finales de los ochenta hasta las elecciones de 1996 se explica, entre otras cosas, por las políticas sociales y laborales aplicadas por el gobierno socialista durante ese tiempo. Esto no excluye otras explicaciones que ponen el énfasis en la diferencia de hábitos y actitudes entre jóvenes y mayores, tal como han hecho Pérez-Díaz (1996), con su conocida contraposición entre el voto cívico de los sectores sociales más bien jóvenes, urbanos e ilustrados y el voto deferente de sus contrarios, y Julio Carabaña, cuando, frente a la interpretación de González, concluye que “la hipótesis más obvia es la del voto inercial, deferente, oportunista o desconfiado” (2001: 46). Se trata simplemente de que estas eventuales diferencias de hábito y actitud, caso de ser

probadas¹, no tendrían por qué ser incompatibles con la existencia de intereses contrapuestos, en los que aquí nos vamos a centrar.

Frente a la vieja idea marxista de que la clase social es un factor fundamental para entender el conflicto en las sociedades capitalistas y, de paso, su dinámica política, algunos analistas del Estado de bienestar han puesto el énfasis en la capacidad de las políticas de bienestar para influir sobre esa misma dinámica y, de paso, sobre el conflicto clasista. Hay que tener en cuenta, en este punto, que si bien durante mucho tiempo los colectivos que quedaban fuera de la participación laboral estuvieron al cargo de la institución familiar, fenómenos como la expansión del sistema educativo, el aumento de la esperanza de vida o el paro estructural no han hecho más que aumentar el protagonismo social de colectivos como los parados, los viejos y los jóvenes, los cuales se han ido emancipando poco a poco de su antigua dependencia familiar mediante la consecución de becas, pensiones y subsidios varios.

En la medida en que la antigua relación de dependencia perdía su carácter familiar y dichos colectivos han sido atribuidos de derechos sociales y de las políticas consiguientes, la familia de origen ha dejado de ser el mejor predictor de su comportamiento político y electoral, emergiendo en su lugar nuevas categorías sociales cuyas preferencias políticas dependen cada vez menos de lo que ocurre en el mercado de trabajo (escenario privilegiado de las clases tradicionales, definidas a partir de la posición del cabeza de familia o *breadwinner*) y cada vez más de lo que ocurre fuera de él. De ahí que los conflictos distributivos característicos del viejo orden industrial hayan ido cediendo al empuje de las tensiones redistributivas asociadas a las políticas de bienestar.

Desde esta perspectiva, se entiende mejor que el PSOE mantuviese un volumen parecido de votos entre 1986 y 1996 (en torno a nueve millones de votos), pese al

desgaste de su acción de gobierno y la consiguiente pérdida de votantes: simplemente, consiguió reemplazar los votantes que perdía en el ámbito de la producción y el mercado de trabajo (a consecuencia de sus políticas fiscales y laborales) por otros nuevos que se beneficiaban de las políticas de sanidad, pensiones, etc., al tiempo que se mostraban temerosos de la llegada de un nuevo partido al gobierno, especialmente si éste amenazaba con políticas de corte neoliberal, como hizo en algún momento el PP o quienes parecían hablar en su nombre (González, 2001).

De ahí la mutación del perfil generacional del electorado socialista. Con ser muchos los factores que intervienen en un proceso tan complejo, el papel de las políticas socialistas de los ochenta resulta ineludible, por cuanto parecían enfrentarse a un dilema entre dos opciones: una orientada al crecimiento económico vía flexibilización del mercado de trabajo y otra orientada, más bien, a la atenuación de los costes sociales del crecimiento y la contención de las diferencias salariales. Este dilema implicaba la existencia de intereses en conflicto: por un lado, los trabajadores con mejores contratos y más capacidad para defender sus intereses (mediante la actuación sindical) estaban interesados en evitar la primera opción, en tanto que los trabajadores con dificultades de inserción laboral estaban más bien interesados en la flexibilización laboral. *A priori*, la razón es simple: para que estos últimos tuvieran más oportunidades de acceso al mercado de trabajo haría falta que los empresarios tuvieran más facilidades para despedir a los primeros. Ahora bien, en el caso español, este dilema tiene una dimensión generacional desde el momento en que los trabajadores estables y organizados suelen ser la generación paterna de los otros, con lo que la eventual resolución del conflicto depende de las estrategias familiares (Esping-Andersen, 1999). Cuando éstas optan, como ha sido característico en el sur de Europa, por una defensa a ultranza de la posición del cabeza de familia, los sindicatos encuentran el terreno abonado para la resistencia férrea ante cualquier tentativa de flexibilizar el mercado de trabajo, tal como ocurrió cuando

¹ Para una discusión crítica de la tesis de Pérez-Díaz, 1996, véase Cainzos y Jiménez, 2000.

los sindicatos convocaron la huelga general de 1988 contra el Plan de Empleo Juvenil anunciado por el gobierno. En este sentido, el desenlace de la huelga tuvo, entre otros, el efecto de desplazar una discusión centrada en los problemas de *entrada* en el mercado de trabajo por otra centrada en los problemas de *salida*, tratando de evitar una salida traumática para los adultos.

La resolución del dilema se ha interpretado, en ocasiones, como si el gobierno socialista hubiera "preferido" "un paro más elevado, pero con empleos más seguros (...) y políticas sociales más generosas" (en lugar de más empleo, aunque fuese de peor calidad, y mayor desigualdad salarial; Powell, 2001: 451), cuando la dinámica de los acontecimientos sugiere, más bien, que la movilización sindical dejó al gobierno sin margen de maniobra para elegir. Cabe suponer, en principio, que cualquier gobierno hubiera intentado conciliar los intereses de jóvenes y adultos, pero en la práctica el gobierno socialista hubo de concentrarse en aquello que los sindicatos reclamaban con más intensidad. Y aunque no era intención de nadie perjudicar la inserción laboral de los jóvenes, la atención preferente a medidas de protección social actuó como un impuesto sobre el empleo, satisfaciendo los intereses de los adultos a costa de los jóvenes. En la fase expansiva del ciclo económico, la situación resultante puede ser soportable, pero en caso de recesión y crisis, el dilema que se presenta es mucho peor, pues o bien los jóvenes quedan nuevamente apartados del mercado de trabajo o aparecen los *contratos basura*, que fue lo que ocurrió finalmente con la reforma laboral de 1994.

Cabría pensar, en tal caso, que la responsabilidad de los acontecimientos (combinación de recesión económica y profundo malestar social) no fue tanto del gobierno como de los sindicatos, pero el problema es más complejo. En el esquema keynesiano clásico, las políticas sociales eran una especie de variable dependiente respecto de la capacidad de presión salarial, de tal suerte que los sindicatos renunciaban en parte a su capacidad de presión salarial a cambio de políticas de bienestar, lo que desplazaba, en cierto modo, el conflicto desde el ámbito de la distribución al de la

redistribución, con la mediación del estado. Hoy en día, ese vínculo está diluido, desde el momento en que los sectores que dependen de políticas sociales y, en particular, los pensionistas representan un tercio del censo electoral de las democracias avanzadas, lo que les permite actuar a modo de electorado bisagra capaz de dirimir a su favor cualquier conflicto redistributivo. En tales condiciones, los pensionistas disponen de una especie de veto electoral a cualquier tentativa de corregir el sistema de redistribución en contra de sus intereses.

Queda, por último, la cuestión de por qué el conflicto potencial de intereses entre jóvenes y adultos no se hace explícito, cuya explicación más plausible la encontramos en la idea de un *pacto intergeneracional implícito* como vía de resolución de los problemas que no encuentran arreglo en el ámbito político (Garrido y Requena, 1996). Como han señalado estos autores, "los costes que los jóvenes asumen en el espacio público, los ven compensados en el espacio privado. Mientras que el grueso de los recursos transferidos en forma de rentas van en su mayor parte a los mayores, los menores reciben unos servicios familiares que acompañan a una prolongada formación estatal" (1996: 56). En otras palabras, los problemas que las políticas públicas son incapaces de resolver (la inserción laboral de los jóvenes) se desplazan a las familias, que han de hacerse cargo de procesos emancipatorios cada vez más largos y costosos.

A lo largo del conflicto entre gobierno y sindicatos, las bases sociales del partido socialista estuvieron sometidas a fuerte tensión, dando lugar a la salida de votantes jóvenes. De acuerdo con González (2001), mientras los anclajes relativos a la clase social se mantuvieron más o menos estables, los relativos a la edad cambiaron de signo (si, en 1986, la probabilidad de votar al PSOE disminuía con la edad, diez años más tarde aumentaba). Este dato es fundamental para entender el desenlace del conflicto, por cuanto indica que el protagonismo de los sindicatos no implicó medidas a favor de los trabajadores *strictu sensu*, sino, más bien, que si éstos se vieron favorecidos no fue tanto en su condición de

trabajadores *per se* como en su condición de trabajadores adultos más preocupados por su salida del mercado de trabajo que por el buen funcionamiento de éste.

No se trata sólo, por tanto, de que los jóvenes se comporten como consumidores esnobes o volátiles, movidos por el afán de novedad y acechados por el riesgo de la decepción. Se trata, más bien, de que la correlación de fuerzas en el mercado electoral no les favorece, por lo que los partidos con responsabilidad de gobierno tienden a postergar sus intereses, dejándoles como alternativa ya sea la movilización y la protesta, ya su apartamiento del proceso electoral (tal como reflejan, en ocasiones, sus tasas de abstención).

¿En qué medida el gobierno del PP ha sido capaz de enmendar esta dinámica? Como ya adelantamos, es pronto para saberlo: el gran test de la andadura *popular* a su paso por el gobierno será, sin duda, las elecciones generales del próximo mes de marzo. De momento, lo único que podemos hacer es utilizar la intención de voto expresada en las encuestas del CIS del último año como indicador de lo que pueda ocurrir entonces. En principio, puede objetarse que no se trata de un buen indicador, pues, como hemos visto en las pasadas elecciones municipales, los estudios del CIS están pronosticando resultados peores para el PP de los que luego obtiene el día de las elecciones. Hay que tener en cuenta, sin embargo, que lo que aquí nos interesa ahora no son tanto los resultados que apuntan los sondeos del CIS, sino las pautas de composición interna de los respectivos electorados, que es a lo que nos vamos a referir a continuación.

2. Algunos datos sobre el comportamiento electoral de los jóvenes: 1986-2003

A continuación vamos a presentar datos en apoyo de las ideas que venimos exponiendo. Comenzaremos por presentar los resultados de las elecciones generales de 1986 y 1996 tomando como referencia las principales opciones políticas clasificadas en dos segmentos: por un lado, tendremos en cuenta las principales opciones que

compiten a lo largo del eje izquierda-derecha del espectro político. Por otro lado, las que compiten en el eje territorial, en sus diversas modalidades de nacionalismos y regionalismos. Dentro de las primeras, distinguiremos tres opciones: por el lado del centro-derecha, agruparemos las dos opciones que a mediados de los ochenta competían por ese espacio (AP y CDS), espacio que diez años más tarde estaba monopolizado por el PP, lo que facilita la comparación entre ambas fechas. Por la izquierda, distinguiremos PSOE e IU.

En cuanto a las opciones de corte nacionalista/regionalista, distinguiremos entre las que podemos considerar *nacionalismo institucional* (CiU y PNV), dada su permanencia en posiciones de gobierno autonómico a lo largo de todo el periodo de estudio, y el resto de las opciones (que, por lo general, se han dedicado a tareas de oposición, a menudo desde posturas radicales).

Los datos proceden de las siguientes fuentes: por lo que se refiere a las elecciones generales de 1986, los datos proceden de la macroencuesta de marzo de 1988 (CIS, 1737), que cuenta con 27 mil entrevistas. En cuanto a las elecciones generales de 1996, hemos agregado los estudios 2207 (pre-electoral) y 2210 (poselectoral) del CIS, con lo que obtenemos una muestra de 10 mil casos, dando por supuesto que la intención de voto y el recuerdo de voto son equivalentes en términos de preferencias de los votantes.

Por otra parte, hemos procedido a ajustar los datos de encuesta a los datos efectivamente registrados en dichas elecciones mediante ponderación, con una pequeña modificación respecto a los datos oficiales, debido a que hemos distinguido, por un lado, el voto válido a partidos y candidaturas y, por otro, los votos blancos y nulos junto a la abstención. El Ns/Nc de las encuestas ha quedado excluido de la ponderación.

Una de las ventajas de comparar las elecciones de 1986 con las de 1996 es que, al tomar grupos de edad decenales (25-34, 35-44, etc.), esto nos permite hacer el seguimiento de las cohortes por simple comparación entre un grupo de edad y el

siguiente diez años después. Desde este punto de vista, la serie podría continuar con unas eventuales elecciones a celebrar en 2006. Pero, como es sabido, las próximas elecciones generales están previstas para el próximo mes de marzo de 2004. A falta de los resultados de dichas elecciones, vamos a tomar como referencia la intención de voto en elecciones generales expresada a lo largo del último año, tal como ha sido recogida por los últimos barómetros del CIS².

Con estas premisas, las tablas que presentamos a continuación nos informan de lo siguiente. Hay que tener en cuenta, en primer lugar, que las dos elecciones generales que nos sirven de referencia registraron diferentes tasas de participación, siguiendo una pauta regular de la democracia española en virtud de la cual la participación en elecciones generales de continuidad suele rondar el 70% (así ocurrió en las elecciones de 1979, 1986, 1989 y 2000, en las que no se produjo cambio de gobierno), en tanto que cuando hay expectativa de alternancia la participación se eleva hasta el 80%, tal como ocurrió en las de 1982, 1996 (en las que se produjo cambio de gobierno) y en las de 1993, cuando las encuestas anunciaban una victoria del PP que luego no se produjo. En coherencia con esta pauta, la abstención registrada en 1986 rondó el 30%, en tanto que descendió cerca del 20% diez años más tarde, cuando se produjo finalmente la victoria del PP. Esta es la primera diferencia a tener en cuenta.

La segunda diferencia es que mientras las elecciones de 1986 pertenecen al periodo de partido hegemónico o predominante (de hecho, fue la segunda victoria consecutiva del PSOE por mayoría absoluta), las elecciones de 1996 pertenecen al periodo de casi bipartidismo y de equilibrio de fuerzas propio de los años noventa. De ahí que, en 1986, el PSOE superase ampliamente la suma de votos conseguida por sus más directos competidores (AP, CDS e IU). Por el

² Concretamente, hemos acumulado los barómetros que van de abril de 2002 a abril de 2003, ambos incluidos, lo que nos permite obtener una muestra de cada 12 mil casos. Se trata de los estudios 2454 (barómetro de Abril 2002), 2463 (Julio 2002), 2468 (Octubre 2002), 2477 (Enero 2003) y 2508 (Abril 2003).

contrario, en 1996, el PSOE no sólo se vio superado en votos por el PP, sino que IU consiguió más que duplicar su electorado de diez años antes.

En tercer lugar, hay que tener en cuenta que el resto de los partidos (nacionalistas, regionalistas, etc.) perdió peso relativo a lo largo del periodo, al tiempo que se produjo una redistribución interna del voto en beneficio de lo que hemos llamado *nacionalismo institucional* (CiU y PNV) y en perjuicio de los demás ("Otros"), que perdieron varios puntos porcentuales sobre censo.

Pues bien, ¿qué es lo que nos dicen las tablas que presentamos a continuación? Desde el punto de vista de la edad, podemos observar tres pautas características de 1986:

- Los jóvenes y, en particular, el grupo de los que podemos considerar *nuevos votantes* (18-24) se abstuvieron muy por encima de la media (43,3% vs 29,6%), si bien la abstención no correlacionaba de manera lineal con la edad, dándose la circunstancia de que fueron los más jóvenes, por un lado, y lo más viejos (>64: 34,1%), por otro, los más abstencionistas.
- Por lo que se refiere a la competencia en el eje izquierda-derecha, aquí había una clara correlación con la edad, toda vez que cuanto más a la izquierda se colocaba un partido, tanto más joven era el perfil de su electorado, siendo el de IU el más juvenil y el de AP el más envejecido. El perfil de edad del electorado socialista era prácticamente plano (no había diferencias sensibles entre unas edades y otras) y si bien parecía observarse un cierto rechazo entre los electores más jóvenes (el grupo 18-24 votó al PSOE claramente por debajo de la media: 24,6% vs 31,7%), esto puede interpretarse como simple consecuencia de su mayor abstencionismo (de hecho, no afectaba a la distribución de preferencias entre los principales partidos), más que imputarse a los problemas y controversias de la primera legislatura socialista (referendo de la OTAN, en particular).
- En cuanto a los partidos de ámbito regional, la edad era determinante en la

Tabla 1. Voto según edad, 1986

	18-24	25-34	35-44	45-54	55-64	>64	Total
AP-CDS	15,2	18,7	27,3	33,7	32,6	27,2	24,9
PSOE	24,6	33,2	34,3	33,2	34,2	32,1	31,7
IU	4,1	4,3	3,9	3,3	2,1	1,1	3,3
CIU-PNV	2,5	3,1	5,3	4,6	5,9	3,4	4,0
Otros	10,4	10,0	6,5	3,5	3,9	2,1	6,6
Abstención	43,3	30,7	22,7	21,7	21,4	34,1	29,6

Fuente: Estudio 1.737 del CIS.

Tabla 2. Voto según edad, 1996

	18-24	25-34	35-44	45-54	55-64	>64	Total
PP	28,2	26,1	27,4	37,2	37,6	32,6	30,9
PSOE	19,6	24,7	30,0	31,0	34,0	42,1	29,9
IU	11,2	11,7	12,0	7,1	4,3	2,3	8,4
CIU-PNV	3,9	4,3	4,2	4,8	6,3	5,3	4,8
Otros	6,1	5,2	4,5	3,1	1,8	1,8	3,9
Abstención	31,1	28,0	21,8	16,8	16,0	15,9	22,1

Fuente: CIS, 2.207 y 2.210.

definición del perfil de los respectivos electorados, pues así como el perfil del *nacionalismo institucional* estaba centrado en las edades maduras, el de los demás partidos ("Otros", en la tabla) era netamente juvenil: por debajo de los 35 años, estos partidos (incluido el nacionalismo radical) recibían un nivel de apoyo muy superior a la media: 10% vs 6,6%.

- Como consecuencia de todo ello, lo característico del voto joven a mediados de los ochenta era su izquierdismo y su radicalismo, así como la pluralidad y consiguiente fragmentación de sus preferencias.

Veamos ahora lo ocurrido en 1996. De acuerdo con nuestros datos, de las tres pautas observadas, una se mantuvo en lo fundamental (la tercera, relativa al reparto electoral entre el *nacionalismo institucional* y "Otros"), otra se modificó parcialmente (la primera, relativa a la participación) y la restante se modificó sustancialmente (el perfil electoral del partido gobernante). Comenzando por la primera (participación), habíamos observado en 1986 que la correlación entre edad y participación no era perfectamente lineal debido a que los más abstencionistas eran, por un lado, los más jóvenes y, por otro, los más viejos. Pues bien, en 1996 la correlación ya era lineal,

debido a que la participación aumentaba continuamente con la edad (al tiempo que la abstención disminuía del 31,1% hasta el 15,9%, como puede apreciarse en la tabla).

Pero el cambio más importante fue, sin duda, el relativo al perfil de edad de los principales partidos y, en particular, del PSOE, debido a su envejecimiento, hasta el punto de que, en 1996, el apoyo recibido por este partido aumentaba desde un 19,6% entre los más jóvenes hasta un 42,1% entre los más viejos. Por contraste, el perfil de edad del PP se había rejuvenecido claramente con respecto al perfil de AP-CDS de 1986, de tal forma que la principal ventaja obtenida por el PP respecto al PSOE se daba precisamente entre los más jóvenes (28,2% vs 19,6%). También el perfil de IU se había rejuvenecido respecto a 1986, lo que revela un inusitado nivel de polarización del electorado joven, de tal suerte que de cada tres jóvenes que repartieron sus votos en el eje izquierda-derecha (PP, PSOE, IU), el PSOE (todavía partido gobernante) solo consiguió uno³.

Por lo que se refiere al perfil de los partidos de ámbito regional, se consolidó la pauta apuntada en 1986: mientras el *nacionalismo*

³ Recordemos que la polarización obedecía a la *pulsión de cambio* que por entonces se había apoderado de la opinión pública, a fin de "echar a los socialistas" y "pasar página".

institucional (CiU-PNV) encontraba su implantación preferente entre los votantes de más de 45 años, el resto de partidos ("Otros") presentaba un perfil de edad parecido al de IU, es decir muy juvenil.

La comparación de los datos correspondientes a 1986 y 1996 (que podemos considerar, en cierto modo, orto y ocaso del PSOE en el gobierno) señala, por tanto, una evolución del perfil electoral de los partidos a su paso por el gobierno, en virtud de la cual estos partidos comienzan con un perfil más bien juvenil que va envejeciendo de manera progresiva, lo que sugiere una cierta pérdida de votantes jóvenes que se compensa en mayor o menor medida con la entrada de votantes adultos.

Un primer vistazo a los datos de intención de voto en elecciones generales del último año⁴ parece confirmar esta tendencia de manera inapelable, por cuanto muestran una drástica inversión del perfil del PP con respecto a 1996. Si comparamos el perfil del PP respecto al del PSOE, nos encontramos, en efecto, con que así como, en 1996, el PP obtenía el mayor nivel de apoyo relativo entre los más jóvenes (18-24: 28,2% vs 19,6%) y el menor entre los más viejos (>64: 32,6% vs 42,1%), siete años más tarde el resultado es justamente el inverso: el PP obtiene su

⁴ La acumulación de los cinco barómetros mencionados (de Abril 2002 a Abril 2003, ambos incluidos) arroja un empate en intención de voto a los dos principales partidos (que hubieran obtenido un 32,8% de los votos si hubiera habido elecciones en el momento de las encuestas, es decir a lo largo del período que va de la ruptura del *diálogo social* y la huelga general del 20-J02 a la guerra de Irak). Conviene, en este punto, hacer dos observaciones: por un lado, esta situación de empate es coherente con el resultado de las elecciones municipales de mayo pasado, cuando el PSOE superó al PP por unas décimas de punto. Por otro, la abstención hubiera sido del 20%, pero hay que tener en cuenta que este tipo de sondeos subestima la abstención.

máxima ventaja sobre el PSOE entre los más viejos (42,6% vs 32,1%), en tanto que obtiene la mayor desventaja entre los más jóvenes (23,3% vs 33,3%).

Esta primera evidencia parece corroborar que, a su paso por el gobierno, los grandes partidos siguen una especie de ciclo electoral que conlleva el progresivo reemplazo de votantes jóvenes e innovadores por votantes más viejos y cautelosos. Al margen de esta primera evidencia, se confirman las pautas que apreciábamos anteriormente, tanto en lo relativo a la participación (correlación entre edad y participación) como al perfil de los partidos de ámbito regional.

3. Edad y generación

Una de las cuestiones que se plantea en los estudios de juventud es si las pautas diferenciales que se observan en los jóvenes son simplemente consecuencia de la edad y, por ende, pertenecen al tipo de peculiaridad que, dicho en castizo, "se cura con el tiempo" o, por el contrario, se trata de cambios e innovaciones que acompañan a ese grupo de edad a lo largo del tiempo dándole un carácter generacional. Vaya por delante que no es fácil deslindar una cosa de la otra, pero a continuación vamos a proponer un ejercicio que nos puede ayudar en la tarea.

Una segunda cuestión que complica el análisis se debe a la diferente composición interna de los colectivos que se comparan: entre los jóvenes, hay estudiantes, lo que no suele haber entre los mayores, en tanto que, entre estos, hay jubilados. Por otra parte, entre los activos las categorías laborales no tienen el mismo peso relativo: entre los

Tabla 3. *Intención de voto según edad, 2002-03*

	18-24	25-34	35-44	45-54	55-64	>64	Total
PP	23,3	26,8	30,4	31,8	41,9	42,6	32,8
PSOE	33,3	29,9	33,1	36,9	33,1	32,1	32,8
IU	6,5	5,9	5,9	4,8	2,7	1,9	4,6
CiU-PNV	2,5	4,2	4,2	4,6	4,8	5,2	4,3
Otros	7,1	8,2	6,9	6,0	32,5	2,1	5,7
Abstención	27,3	24,9	19,5	15,8	14,0	16,2	19,9

Fuente: Estudios 2.454, 2.463, 2.468, 2.477 y 2.508 del CIS.

Tabla 4. *Voto según situación laboral, 1986*

		Cuenta propia	Cuenta ajena	Parado	Ama de casa	Jubilado	Estudiante	Total
Jóvenes (< 35)	AP-CDS	23,3	14,4	11,8	21,9		17,3	17,0
	PSOE	24,3	32,2	26,5	35,5		17,9	28,9
	IU	2,9	5,4	4,7	2,1		4,6	4,2
	CIU-PNV	3,5	3,3	2,0	2,1		2,6	2,8
	Otros	8,4	10,2	13,9	6,8		11,9	10,2
	Abstención	37,5	34,7	41,0	31,7		45,7	36,9
Adultos (> 34)	AP-CDS	43,2	25,8	17,5	30,5	27,7		30,2
	PSOE	24,6	37,8	38,1	32,9	36,1		33,5
	IU	1,6	5,4	5,3	1,4	2,7		2,7
	CIU-PNV	6,5	4,3	3,9	4,9	4,4		4,9
	Otros	4,8	6,4	6,1	2,7	3,4		4,1
	Abstención	19,3	20,4	29,1	27,7	25,6		24,6

Fuente: Estudio 1.737 del CIS.

mayores, suele haber una mayor proporción de los que trabajan por cuenta propia; entre los jóvenes, hay, en cambio, una mayor proporción de asalariados y parados.

Una vez hechas estas consideraciones y cautelas, el ejercicio que proponemos consiste en una doble comparación: por un lado, vamos a estudiar las pautas de voto de los jóvenes según su situación laboral. Por otro lado, vamos a comparar jóvenes y adultos teniendo en cuenta la situación laboral de ambos. Para facilitar la tarea, vamos a hacer una operacionalización muy simple de la situación laboral, según que sean activos o no. En el primer caso, distinguiremos según que trabajen por cuenta propia, por cuenta ajena (asalariados) o que estén en paro. Los inactivos los clasificaremos según que sean estudiantes, amas de casa o jubilados.

Recordemos las pautas diferenciales en cada uno de los momentos de referencia: 1986, 1996 y 2003. En el primer caso, se trataba de menos participación y más izquierdismo y radicalización. Pues bien, los datos de la tabla 4 sugieren varias cosas: a) que la mayor abstención era, sobre todo, un efecto de los estudios (entre los estudiantes la abstención ascendía al 45,7%, nueve puntos por encima de la media de los jóvenes: 36,9%) y del paro (la tasa de abstención tanto de los parados jóvenes como de los adultos se desvía claramente por encima de las medias respectivas), aunque también fuera un efecto de la edad (la tasa de

abstención de los jóvenes se desvía al alza respecto a la de los adultos con independencia de la situación laboral: cuenta propia, cuenta ajena...).

b) El izquierdismo era, en parte, un efecto de la situación laboral (los que más se desviaban al alza de las medias respectivas eran los asalariados, tanto jóvenes como adultos), si bien era también un efecto de la edad, como se puede observar en el caso de los trabajadores por cuenta propia y de las amas de casa (en ambos casos, los/as jóvenes se apartaban de la pauta de los mayores).

c) Por último, el radicalismo era un efecto combinado de la edad, los estudios y, sobre todo, del paro, siendo los parados (en particular, los jóvenes) quienes registraban la mayor proporción de voto a "Otros" partidos (14% sobre censo, lo que representaba uno de cada cuatro votos válidos) y, por tanto, la mayor fragmentación y dispersión del voto⁵.

Pasando a 1996, recordemos que de las tres pautas referidas a 1986, la primera (la baja participación relativa) se consolidó, la segunda (el izquierdismo) se modificó, dando paso a una intensa polarización del voto

⁵ En realidad, el radicalismo se explica también por un cuarto factor derivado de que los partidos que defienden opciones más radicales están localizados en regiones demográficamente más jóvenes (Cataluña, País Vasco, etc.), pero este asunto excede de nuestras posibilidades de análisis aquí.

Tabla 5. Voto según situación laboral, 1996

		Cuenta propia	Cuenta ajena	Parado	Ama de casa	Jubilado	Estudiante	Total
Jóvenes (< 35)	PP	37,3	24,5	22,9	23,2		33,6	27,2
	PSOE	17,2	22,4	24,2	33,3		16,6	22,4
	IU	8,2	12,5	12,4	9,1		11,4	11,5
	CIU-PNV	5,4	5,0	2,8	2,2		4,4	4,1
	Otros	5,4	6,0	5,2	3,2		6,8	5,6
	Abstención	26,6	29,6	32,5	29,1		27,1	29,3
Adultos (> 34)	PP	44,2	30,3	24,8	34,9	32,1		33,3
	PSOE	23,2	30,7	36,4	35,0	41,0		34,5
	IU	3,2	12,6	11,8	4,1	3,8		6,5
	CIU-PNV	7,3	5,6	3,1	3,6	5,8		5,2
	Otros	3,5	4,7	3,1	2,0	1,7		2,8
	Abstención	18,7	16,1	20,8	20,3	15,6		17,7

Fuente: CIS, 2.207 y 2.210.

joven entre, por un lado, el PP y, por otro, IU, y la tercera se atenuó. Nos centraremos en las dos primeras.

- A) Por lo que se refiere a la abstención, conviene recordar que la participación creció considerablemente respecto a 1986 (las elecciones de 1996 fueron elecciones de cambio, en tanto que las de 1986 habían sido de continuidad), lo que redujo la abstención en torno a siete puntos tanto entre los jóvenes como entre los mayores respecto a diez años antes (Tabla 5). Las diferencias por razón de la edad se mantuvieron, pero desapareció el efecto de los estudios (los estudiantes participaron con arreglo a la media de los jóvenes) y, en buena medida, desapareció también el efecto del paro.
- B) Por lo que se refiere a la polarización, esta era, por un lado, un efecto de la situación laboral (la mayor polarización se registraba entre los asalariados, tanto jóvenes como adultos) y, por otro, de los estudios, que era donde mejores resultados obtenía IU por comparación con el PSOE. Pero era también y sobre todo un efecto de la edad asociado al rejuvenecimiento tanto del electorado de IU como del PP (y al consiguiente envejecimiento del electorado socialista).

Llegamos así a la intención de voto del último año, donde hemos podido observar las siguientes pautas: a) una aparente consolidación de la pauta juvenil de participación, que tiende a mantener un

diferencial de abstención estable respecto a la media. B) Tanto el izquierdismo juvenil de los ochenta como la polarización de los noventa parecen suavizarse, si no diluirse. C) Por último, se mantiene el radicalismo (voto a "Otros" partidos).

Pues bien, los datos de la Tabla 6 sugieren lo siguiente:

- A) A diferencia de lo que observábamos en 1986, la abstención no guarda relación, en este caso, con los estudios, sino con la situación laboral, siendo los parados los que en mayor medida expresan intención de abstenerse.
- B) Una vez disuelta la polarización del voto juvenil de los noventa, se observa una tendencia a la recuperación del voto socialista entre los jóvenes (siempre en términos de intención, pendiente, por tanto, de materializarse en las próximas elecciones⁶).
- C) Por último, el radicalismo parece ser ahora un efecto combinado de la edad y el paro.

Podemos concluir diciendo que, de las principales pautas observadas en el voto joven, la abstención y el radicalismo parecen ser un efecto de la edad, estimulado en ocasiones por los estudios y/o el paro. En

⁶ Recordemos que este tipo de sondeos tiende a infraestimar la abstención y, por lo mismo, a sobreestimar el voto a los partidos.

cuanto al izquierdismo de los ochenta, parece haberse convertido en un efecto generación, como se puede observar en el comportamiento del grupo de edad que ahora tiene entre 45 y 54 años: esta cohorte es la que ha mantenido un nivel más alto y más sostenido de apoyo conjunto a los partidos de izquierda (PSOE-IU) por comparación con AP-CDS-PP, tanto en 1986 (véase el grupo 25-34 de la Tabla 1) como en 1996 (grupo 35-44 de la Tabla 2), así como en la intención de voto expresada en 2002-03 (grupo 45-54 de la Tabla 3).

4. Las razones del voto

Hasta ahora, nos hemos ocupado de aclarar las principales pautas de voto de los jóvenes. En lo que sigue, nos vamos a ocupar del porqué de su voto, tal como se desprende de la pregunta: "¿Cuál es la razón principal que le ha llevado a Vd. a votar al partido X?" Uno de los problemas de esta pregunta es que las posibles respuestas varían según que el partido esté en el gobierno o en la oposición: mientras el partido gobernante admite respuestas del tipo "lo ha hecho bien en el gobierno", esta posibilidad no existe para los partidos de oposición. Una segunda dificultad es que el tipo de respuestas que el CIS ofrece a los entrevistados varía entre unas elecciones y otras.

Pese a estas dificultades, vamos a presentar las respuestas a partir de una ordenación de

las mismas que las clasifica desde más ideológicas a más instrumentales. Lo que nos interesa, en definitiva, es saber en qué medida el voto de los jóvenes tiene componentes más bien ideológicos, que implican un cierto grado de identificación con, y lealtad hacia, los partidos o, por el contrario, tiene componentes de carácter más bien instrumental, en cuyo caso los jóvenes utilizarían a unos partidos solo para contrarrestar a otros o para neutralizar la amenaza que otros representan para ellos. Entre medias, cabe una actitud de tipo racional, en virtud de la cual los votantes optan entre unos partidos y otros a partir de una evaluación crítica de la actuación de cada uno. Podríamos distinguir, desde esta perspectiva, tres tipos o bloques de razones:

- De tipo ideológico: incluye la identificación partidaria ("es mi partido") y la proximidad ideológica ("es el que mejor representa las ideas de la gente como yo").
- De tipo racional: incluye respuestas del tipo "es el más capacitado para gobernar" o "lo ha hecho bien en el gobierno".
- De tipo instrumental: las respuestas varían según el momento y el partido de que se trate. Unas veces puede ser "para evitar un gobierno de izquierdas"; otras, en cambio, "para evitar que gane el PP". En cualquier caso, este tipo de respuesta implica una u otra forma de utilización instrumental de un partido (al que se vota) a fin de eludir una alternativa no deseable.

Tabla 6. Intención de voto según situación laboral, 2002-03

		Cuenta propia	Cuenta ajena	Parado	Ama de casa	Jubilado	Estudiante	Total
Jóvenes (< 35)	PP	34,6	24,2	23,8	33,0		24,1	25,5
	PSOE	24,8	32,2	28,5	39,7		30,9	31,2
	IU	3,8	6,4	4,9	2,9		8,6	6,1
	CIU-PNV	4,7	4,3	2,7	2,4		2,1	3,6
	Otros	5,8	7,9	9,3	2,9		8,0	7,8
	Abstención	26,5	27,3	30,7	19,1		26,3	25,9
Adultos (> 34)	PP	40,5	28,8	26,2	43,5	40,8		36,7
	PSOE	26,7	35,8	40,9	32,0	33,5		33,6
	IU	3,4	6,3	5,2	2,4	2,2		3,8
	CIU-PNV	5,6	4,4	3,3	3,7	5,5		4,7
	Otros	7,4	6,5	7,1	2,8	2,5		4,6
	Abstención	16,4	18,2	17,4	15,7	15,6		16,6

Fuente: Estudios 2.454, 2.463, 2.468, 2.477 y 2.508 del CIS.

Comenzaremos refiriéndonos a las elecciones de 1996, por cuanto nos pueden dar alguna pista sobre la evolución de las razones del voto. Para facilitar el análisis, vamos a presentar las respuestas que se refieren a PP y PSOE de acuerdo con la siguiente escala:

- Simpatía: “es el partido por el que más simpatizo”.
- Liderazgo: atracción de J.M. Aznar o Felipe González.
- Actuación (sólo PSOE): “a pesar de sus errores han hecho muchas cosas buenas”.
- Decepción (sólo PP): “los socialistas me han decepcionado”.
- Cambio político (sólo PP): “deseaba un cambio político”.
- Anti-PSOE: “echar a los socialistas”.
- Anti-PP: “impedir el triunfo de la derecha” o “evitar la mayoría absoluta del PP”.

La tabla 7 nos facilita los datos de aquellas elecciones. De ellos cabe destacar lo siguiente:

- La principal diferencia respecto a 2000 (como luego veremos) fue la gran influencia del factor *liderazgo*, dada la atracción ejercida por Felipe González sobre los votantes socialistas (un 26,7% de los votantes socialistas decían haber votado por FG).

Tabla 7. Razones del voto (PP y PSOE: 1996)

	Total PP	Jóvenes (<35)	Adultos (>34)	Total PSOE	Jóvenes (<35)	Adultos (>34)
Simpatía	36,4	34,0	37,6	37,6	32,0	40,0
Liderazgo	8,7	9,7	8,2	26,7	20,7	29,3
Actuación	xxx	xxx	xxx	14,0	15,9	13,2
Decepción	8,3	7,1	8,9	xxx	xxx	xxx
Cambio político	29,5	31,6	28,5	xxx	xxx	xxx
Anti-PSOE	15,1	16,3	14,5	xxx	xxx	
Anti-PP	xxx	xxx	xxx	17,8	27,8	13,5
Otras/Ns/Nc	2,1	1,4	2,4	2,2	2,8	3,8

XXX: casos en que no hay esa posibilidad de respuesta.
Fuente: CIS, 2.210 pos-electoral 1996.

- En cambio, el factor *actuación* (referido al PSOE: “...han hecho cosas buenas”) era débil: sólo un 14% de los votantes socialistas decía haber votado por esta razón, al tiempo que un 8,3% de los votantes del PP (especialmente sus nuevos votantes) justificaba su voto por la “decepción” con el PSOE.
- Por otro lado, los factores que hemos llamado de racionalidad instrumental (el voto “anti”) parecen haber tenido su momento álgido en aquellas elecciones: nada menos que un 15% de los votantes del PP adujeron este tipo de razones (“echar a los socialistas”), así como el 17,8% de los votantes socialistas (“evitar el triunfo de la derecha”, etc.).
- En suma, las principales razones del voto de 1996 fueron, en el caso del PP, la “simpatía” y el “deseo de cambio”, en tanto que, en el caso del PSOE, fueron la “simpatía” y el liderazgo de Felipe González.

El contraste con las elecciones de 2000 es muy elocuente del cambio de situación política en esos cuatro años. Pero antes de referirnos a dicho contraste, hay que tener en cuenta que las respuestas ofrecidas por el CIS a los entrevistados no eran homogéneas respecto a las de 1996, por lo que las hemos clasificado en esta ocasión de acuerdo con la siguiente escala:

- Proximidad ideológica: “es el partido que mejor representa mis ideas”.
- Identificación partidaria: “es mi partido”.
- Liderazgo: atracción de JM Aznar o Joaquín Almunia.
- Actuación (sólo PP): “en general lo ha hecho bien”.
- Competencia: “es el más capacitado para gobernar”.
- Cambio político (sólo PSOE): “la posibilidad de un gobierno de izquierdas”.
- Anti-PSOE: “evitar un gobierno de izquierdas”.

- Anti-PP: "impedir que gane el PP".

La tabla 8 nos facilita los datos de 2000, de los que cabe destacar lo siguiente:

- En 2000, la principal razón del voto al PP fue, a mucha distancia, el factor *actuación* ("lo ha hecho bien"), reforzado por el factor *competencia* ("es el más capacitado para gobernar"), en tanto que la principal razón del voto socialista era de tipo ideológico: la identificación partidaria ("es mi partido"), siendo este contraste entre los componentes racionales e ideológicos lo que mejor define la tensión de aquellas elecciones (González, 2002).
- El factor liderazgo se había debilitado mucho respecto a 1996 y, en el caso de los socialistas, casi había desaparecido como razón del voto. Asimismo, se había debilitado el deseo de cambio (que aparecía, en este caso, como "posibilidad de un gobierno de izquierdas") y el voto de carácter instrumental (o voto "anti"), ya fuese contra dicha posibilidad de gobierno de izquierdas (mencionada por solo un 2,8% de los votantes socialistas), ya fuese para "evitar un triunfo del PP" (9% de los votantes socialistas).

Dentro de este marco general, los jóvenes presentan una pauta inequívoca consistente en que su voto parece estar menos influido por factores ideológicos (ya sea en términos de simpatía, proximidad ideológica o identificación partidaria) y más por factores racionales, al tiempo que muestran una mayor propensión al voto instrumental, es decir a votar a un partido sin otro fin que el de neutralizar la amenaza representada por otro.

5. Conclusiones

En este artículo hemos abordado las pautas de comportamiento electoral de los jóvenes a lo largo de las últimas décadas, concretamente desde 1986 hasta el momento presente. Este período cubre casi toda la etapa socialista, así como los siete primeros años de gobierno del PP, lo que nos permite examinar las semejanzas y diferencias entre una y otra etapa en

Tabla 8. Razones del voto (PP y PSOE: 2000)

	Total PP	Jóvenes (<35)	Adultos (>34)	Total PSOE	Jóvenes (<35)	Adultos (>34)
Proximidad	10,8	10,8	10,8	9,7	5,9	11,2
Identificación	9,7	5,9	11,2	37,0	34,8	43,3
Liderazgo	7,2	5,9	7,7	2,7	2,6	2,7
Actuación	46,2	50,0	44,7	xxx	xxx	xxx
Competencia	17,4	17,5	17,3	2,9	4,3	2,4
Cambio político	xxx	xxx	xxx	9,5	13,1	8,0
Anti-PSOE	2,8	4,1	2,2	xxx	xxx	xxx
Anti-PP	xxx	xxx	xxx	9,0	15,4	6,4
Otras/Ns/Nc	6,0	5,7	6,1	7,7	8,2	7,5

XXX: Casos en que no hay esa posibilidad de respuesta.

Fuente: CIS, 2.384 pos-electoral 2000.

términos del perfil generacional de su electorado. Nuestra conclusión primera entronca con la hipótesis de la *aversión al riesgo* como pauta general de comportamiento de los españoles en su conjunto, matizada desde el punto de vista generacional, de manera que la *aversión al riesgo* de los mayores contrasta con la propensión al cambio de los jóvenes. Y es que mientras los viejos son los últimos en subirse al *autobús* electoral del partido gobernante, los jóvenes hacen justamente lo contrario, siendo los primeros tanto a la hora de subirse como de bajarse.

Dentro de esta pauta general, hemos tratado de especificar las razones concretas por las cuales los jóvenes se bajaron del *autobús* socialista (hay indicios de que lo están haciendo también del *autobús popular*, aunque es todavía pronto para certificarlo): por un lado, hay razones coyunturales, derivadas de las políticas del gobierno socialista en la segunda mitad de los ochenta y primeros noventa. Por otro, hay razones estructurales, derivadas de la correlación de fuerzas electorales: los jóvenes son pocos, en términos demográficos, están peor organizados y votan menos que otros colectivos.

Al margen de esta pauta general, hemos examinado también los tres rasgos característicos del voto juvenil al principio de nuestro período de referencia (mediados de los ochenta): su relativa baja participación, su izquierdismo y su radicalismo. De los tres, el primero y el último han resultado ser un efecto de la edad, que tiende a desaparecer

con la edad adulta, en tanto que el izquierdismo se ha convertido en un efecto generación, de manera que la cohorte de los actuales cuarentones ha sido, a lo largo de este tiempo, quienes han mantenido un mayor nivel de voto a la izquierda (PSOE-IU).

Por último, a la hora de identificar las razones del voto, hemos podido detectar una mayor propensión relativa de los jóvenes a votar de manera instrumental, apoyando a un partido para neutralizar la amenaza representada por otro, al tiempo que una menor identificación con, o lealtad hacia, los diferentes partidos. Al tiempo que parece aumentar tanto entre jóvenes como adultos, la pauta de voto racional, resultado de una evaluación crítica de la capacidad de los partidos para la gestión de políticas concretas y la resolución de problemas.

BIBLIOGRAFÍA

- CAINZOS y JIMÉNEZ (2000): "El impacto de los escándalos de corrupción sobre el voto en las elecciones generales de 1996". *Historia y política*, 4, pp. 93-133.
- CARABAÑA, J. (2001): "Clase, voto y políticas sociales en España, 1982-2000", *Zona Abierta*, 96/97, pp. 7-55.
- ESPING-ANDERSEN, G. (1999): "¿La política sin clases?", *Zona Abierta*, 86/87, pp. 219-257.
- GARRIDO y REQUENA (1996): *La emancipación de los jóvenes en España*, Instituto de la Juventud.
- GONZÁLEZ, J. J. (2001): "Clases, cohortes, partidos y elecciones: un análisis de la experiencia española (1986-1996)", *Revista Internacional de Sociología*, 29, pp. 91-113.
- (2002): "Las elecciones generales de 2000. Voto ideológico/voto racional", *Revista Internacional de Sociología*, 32, pp. 7-33.
- PÉREZ-DÍAZ, V. (1996): *España puesta a prueba 1976-1996*, Alianza Actualidad.
- POWELL, C. (2001): *España en democracia, 1975-2000. Las claves de la profunda transformación de España*, Plaza&Janés.